EL CORREO ESPAÑOL

DIARIO TRADICIONALISTA

AÑO VI

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, **1,50** ptas. al mes.—Provincias, **6** ptas. trimestre, **12** semestre y **20** al año; por corresponsal, **24**.—Extranjero, **10** ptas. trimestre; **35** al año.—Cuba y Puerto Rico, **5** pesos semestre.—Filipinas y demás países de la Unión Postal, **6** pesos semestre;—**Pago adelantado. No se admiten sellos.**

Número suelto, 10 céntimos de peseta.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Madrid 15 de Octubre de 1893.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración del periódico, calle de la Concepción Jerónima, números 15 y 17, principal izquierda; en las principales librerías de la capital y de provincias, y en casa de nuestros corresponsales.

Apartado de Correos número 180.

Teléfono núm. 294.

NÚM. 1.528

TIMBRE 5 PETAS 10 KILS MADRID

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

HOMENAJE Á LA MEMORIA DE LUIS XVI

Y DE MARÍA ANTONIETA EN EL CENTENARIO DE SU MARTIRIO

LUIS XVI

LA REINA MARÍA ANTONIETA Y SU HIJO EL DELFÍN

¡Hijo de San Luis, subid al cielo!—os dijo el sacerdote que asistía en nombre de Dios á vuestra agonía en las gradas del suplicio.

¡Hijo de San Luis, repetimos ahora los enemigos de aquella fiera que ha llenado de cadáveres el mundo; vos, que con vuestro martirio supisteis rodear la causa de la legitimidad y la tradición con la encantadora aureola de la leyenda que enamora los corazones sensibles y buenos y alzar millares de almas de hombres del pueblo á las alturas del heroísmo, pedid desde el cielo por Francia y por España!

¡Que vuestra sangre no fuera derramada en vano para los grandes principios santificados con ella!

LA MUERTE DE LUIS XVI

A la media noche el sentenciado se acostó y durmió pronto, y con un sueño tan apacible como si aquella noche hubiese debido tener un día siguiente. El sacerdote pasó las horas rezando en el cuarto de Clery, separado del aposento del rey por un tabique de tablas, y oía desde allí la respiración igual y serena del dormido, que atestiguaba su gran tranquilidad y la regularidad de los movimientos de su corazón como los de la péndola de un reloj que va á pararse. A las cinco fué necesario despertarle.

—¿Han dado las cinco?—preguntó á Clery.

—Aun no en el reloj de la torre—le respondió;—pero sí en otros muchos de la ciudad.

—He dormido bien—dijo el rey;—tenía gran necesidad de ello, porque el día de ayer me había fatigado.

Clery encendió el fuego, ayudó á vestirse á su amo, preparó el altar en medio del aposento, y el sacerdote celebró la Misa. El rey, de rodillas, con un devocionario en la mano, parecía unir su alma á todo el sentido, á todas las palabras de aquella ceremonia en que el sacerdote hace la conmemoración de la última comida, de la agonía, de la muerte, de la resurrección y de la transubstanciación de Cristo, ofreciéndose como víctima á su Padre y dándose como alimento á sus hermanos. Recibió el Cuerpo del Señor bajo los accidentes de pan consagrado, y se juzgó fortificado contra la muerte creyendo poner en su corazón la divina prenda de otra vida. Después de la Misa, mientras se despojaba de sus vestiduras el sacerdote, el rey pasó solo á su torrecilla, donde entró Clery para pedirle su bendición. Luis XVI se la dió, encargándole la diese él en su nombre á todos aquellos que le habían sido adictos, y en particular á aquellos carceleros que, como Turgy, se habían compadecido de su cautiverio y dulcificado sus rigores; después, llevándole al hueco de una ventana, le entregó furtivamente un sello que separó de su reloj, un paquetito que sacó de su pecho, y un anillo de desposorio que se quitó del dedo.

—Entregarás después de mi muerte—le dijo—este sello á mi hijo y este anillo á la reina. Decidla que lo dejo con sentimiento y para que no sea profanado con mi cuerpo..... Este paquete contiene cabellos de toda mi familia; se lo entregarás también. Decid á la reina, á mis queridos hijos y hermana, que les había prometido verlos hoy, pero que he querido evitarles el dolor de una separación tan cruel..... ¡Cuánto me cuesta marchar sin recibir sus últimos besos!.... (Los sollozos le impidieron continuar.)

—Os ruego—añadió con una ternura que cortaba las palabras en su voz—que les digáis adiós de mi parte.

Clery se retiró bañado en llanto.

Un momento después el rey salió de su gabinete y pidió unas tijeras para que su criado le cortase el pelo, única herencia que pudo dejar á su familia, y hasta esta gracia se le negó. Clery solicitó de los municipales el favor de acompañar á su amo para desnudarle en el patíbulo.

—El verdugo basta para él—contestó uno de los municipales.

El rey se retiró de nuevo.

Su confesor entró en la torrecilla y le halló calentándose junto á la estufa.

—¡Dios mío!—exclamó el rey al verle.—¡Qué [illegible] conservado mi fe sobre el Trono. Espero igualarle en [illegible] mis hijos [illegible] esta esperanza? Sí; existe en el cielo un juez incorruptible, que sabrá dispensarme la justicia que los hombres me niegan en la tierra.

Empezaba á amanecer, y la luz del día penetraba en la torre al través de las barras de hierro. Se oía, distintamente el ruido de los tambores que tocaban llamada en todos los cuarteles, á los ciudadanos armados, el estruendo de las ruedas de los cañones que se colocaban en los patios del Temple. El rey lo oía todo con indiferencia y explicaba las diferentes clases de ruido á su confesor.

—Eso es probablemente la Guardia nacional que principia á reunirse—dijo cuando oyó la primera llamada. Momentos después se oyeron las herraduras de muchos caballos en el empedrado al pie de la torre, y las voces de los oficiales que formaban sus tropas en batalla.

—Ya se acercan—dijo sin impaciencia y sin temor, como un hombre que llega primero á una cita donde le hacen aguardar. Por espacio de dos horas venían con varios pretextos á llamar á la puerta de su gabinete, y cada vez creía el confesor que era la última. El rey se levantaba sin turbación, iba á abrir, contestaba y volvía á sentarse. A las nueve suenan en la escalera pasos tumultuosos, y las puertas se abren con estrépito: se presenta Santerre acompañado de doce municipales y á la cabeza de diez gendarmes, que colocó en el cuarto formando dos filas. El rey, al oir aquel bullicio entreabre la puerta de su gabinete.—«¿Venís á buscarme?»—dijo á Santerre con voz firme y conservando una actitud imperiosa;—«aguardadme un instante allí».—Muestra con el dedo la entrada de su cuarto, cierra la puerta y vuelve á ponerse de rodillas á los pies del confesor.

—Todo está consumado, Padre mío—le dice;—dadme la última bendición, y rogad á Dios que me sostenga hasta el fin.—Se levanta, abre la puerta, marcha con la frente serena y la majestad de la muerte en el aspecto y las facciones, y se coloca entre la doble fila de gendarmes.

Tenía en la mano un papel doblado, que era su testamento, y dirigiéndose á un municipal que estaba frente á él, le dice:

—¡Os ruego que entreguéis este papel á la reina!

Un movimiento de admiración que notó Luis XVI en aquellos rostros republicanos le hizo comprender que se había equivocado en la palabra, y la enmendó diciendo: «mi esposa.» El municipal retrocede y contesta toscamente:—«Eso no me corresponde á mí, pues estoy aquí para conduciros al cadalso.»

—Es verdad—dijo el rey por lo bajo profundamente contristado.—Luego, examinando los rostros y volviéndose hacia aquel cuya expresión más dulce le inspiraba un corazón menos implacable, se acercó á un municipal llamado Gobeau.

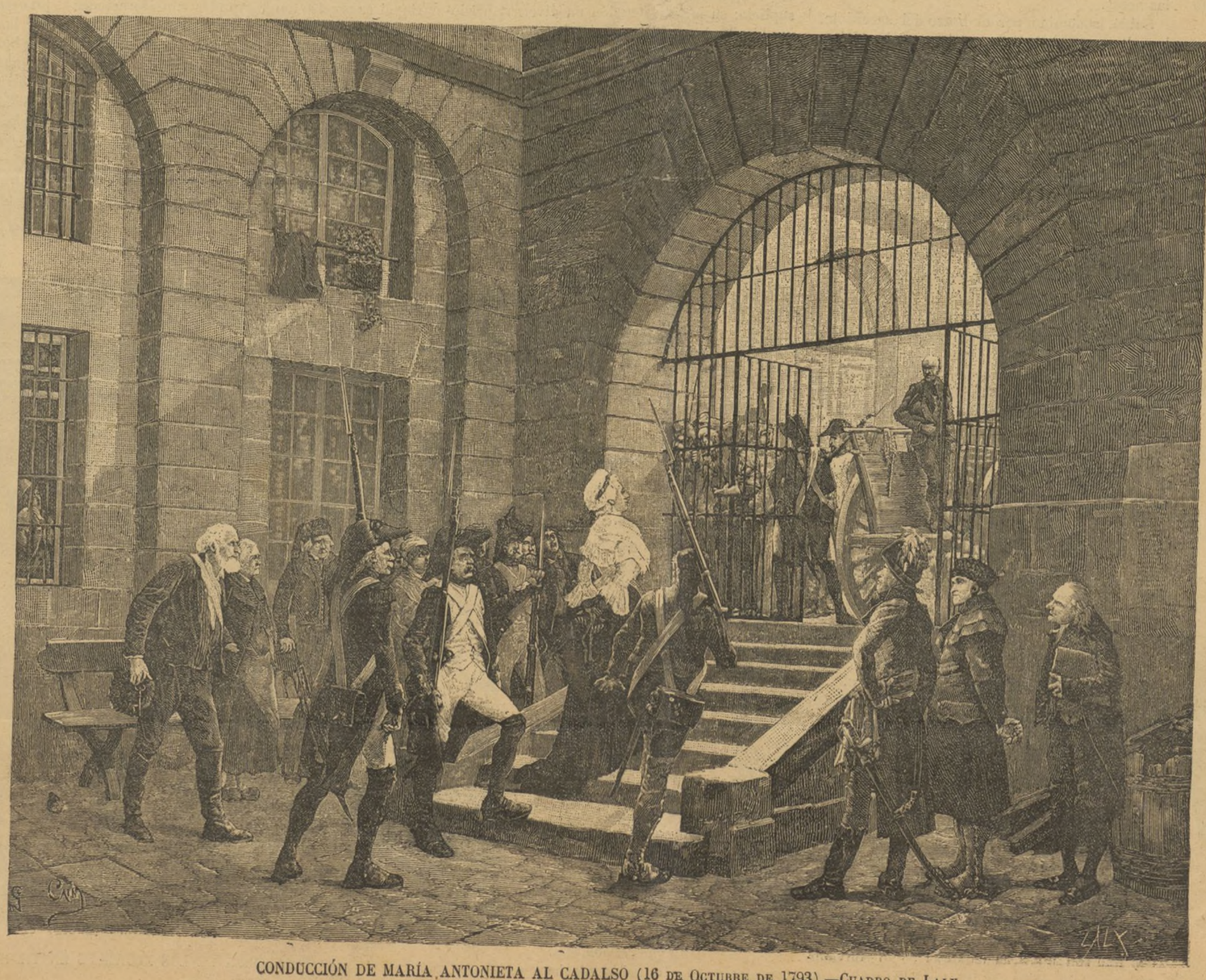
—Os ruego—le dijo—entreguéis este papel á mi esposa; podéis leerlo; hay en él disposiciones que la Municipalidad debe conocer.

El municipal, con asentimiento de sus colegas, recibió el testamento. Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que el frío hiciera parecer que su amo temblaba ante el cadalso, le presentó su capa, y el rey le dijo:

—No, no la necesito; dadme sólo mi sombrero.

Al recibirle, cogió la mano de su fiel servidor, y la apretó con fuerza en señal de inteligencia y despedida; luego, volviéndose hacia Santerre y mirándole cara á cara, con gesto de resolución y tono de mando dice: «Marchemos.»

Parecía que Santerre y su tropa le seguían más bien que le escoltaban. El príncipe bajó con paso firme la escalera de la torre; y hallando en el vestíbulo al portero llamado Mathey, que le había faltado al respeto la víspera, á quien había reprendido con irritación su insolencia, se adelantó hacia él, y le dijo con gesto cordial:



CONDUCCIÓN DE MARÍA ANTONIETA AL CADALSO (16 DE OCTUBRE DE 1793).—CUADRO DE LALY

Ayuntamiento de Madrid

—Fuí ayer un poco vivo con vos; perdonadme en un momento como este.

Mathey, en vez de contestar, aparentó volver la cabeza y retirarse como si el contacto del que iba á morir hubiera sido contagioso. Atravesando el primer patio, el rey se volvió dos veces hacia la torre y levantó la vista en dirección á las ventanas de la reina; en esta mirada iba toda su alma á llevar su último adiós á todo lo que dejaba de sí mismo en la prisión.

Un coche le esperaba á la entrada del segundo patio, y dos gendarmes en la portezuela: uno subió primero y se sentó al vidrio; el rey entró después é hizo colocar á su confesor á la izquierda; el segundo gendarme entró el último y cerró.

El coche marchó. Delante de los caballos batían marcha 60 tambores; un ejército ambulante compuesto de guardias nacionales, de confederados, de tropas de línea, de caballería, de gendarmes y de artillería marchaba delante, detrás y á los costados del coche. Todos los habitantes de París estaban encerrados en sus casas, habiendo prohibido una orden de la Municipalidad á los ciudadanos que no formaran parte de la milicia armada atravesar las calles que desembocan en los bulevares ó asomarse á las ventanas, desde donde pudiera verse el acompañamiento; hasta se habían hecho evacuar los mercados. Un cielo oscuro, nebuloso, sólo dejaba ver á muy corta distancia los bosques de picas y de bayonetas, colocadas como barreras inmóviles, desde la plaza de la Bastilla hasta el pie del cadalso en la de la Revolución.

.....

Él apenas se veía en el fondo del carruaje; las bayonetas y los sables desnudos de la escolta lo ocultaban. Llevaba un frac oscuro, calzones de seda negra, chaleco y medias blancas; sus cabellos estaban recogidos bajo el sombrero. El ruido de los tambores, de los cañones, de los caballos y la presencia de los gendarmes le impedían hablar con su confesor. Dijo sólo al abate Edgewort que le prestase su breviario, y buscó con el dedo y la vista los Salmos adecuados á su situación. Aquellos cánticos sagrados, tartamudeados por sus labios y que resonaban en su alma, le evitaban el ruido y la vista del pueblo durante aquel tránsito de la prisión á la muerte; el clérigo oraba á su lado.

.....

.....

Las cercanías del cadalso habían sido invadidas, gracias al favor de la Municipalidad y á la connivencia de los comandantes de las tropas,

EL ABATE EDGEWORT DE FERMONT
(Confesor de Luis XVI.)

por los hombres sanguinarios de los Franciscanos, de los Jacobinos y de los días de Septiembre, incapaces de duda ni de piedad. Colocándose ellos mismos en torno del cadalso como los testigos de la República, querían que el suplicio fuese consumado y aplaudido.

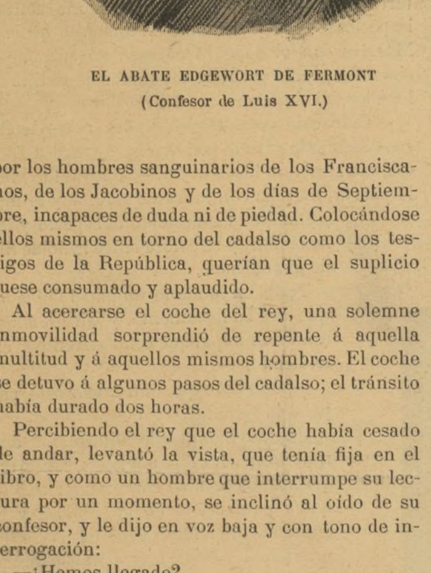
Al acercarse el coche del rey, una solemne inmovilidad sorprendió de repente á aquella multitud y á aquellos mismos hombres. El coche se detuvo á algunos pasos del cadalso; el tránsito había durado dos horas.

Percibiendo el rey que el coche había cesado de andar, levantó la vista, que tenía fija en el libro, y como un hombre que interrumpe su lectura por un momento, se inclinó al oído de su confesor, y le dijo en voz baja y con tono de interrogación:

—¿Hemos llegado?

El sacerdote sólo le respondió con un signo silencioso. Uno de los tres hermanos Samsón, verdugos de París, abrió la portezuela y bajaron los gendarmes; pero el rey, volviendo á cerrar y colocando su mano derecha sobre la rodilla del confesor con un gesto de protección, dijo con autoridad á los verdugos, á los gendarmes y á los oficiales que se agolpaban junto al carruaje:

—Señores, os recomiendo este sacerdote; cuidad de que después de mi muerte no se le haga ningún insulto; os encargo veléis por él.



MALESHERBES

Nadie respondió. El rey quiso repetir con más fuerza esta recomendación á los ejecutores, y uno de ellos le interrumpió diciéndole con acento siniestro:

—Sí, sí, nosotros tendremos cuidado, dejadnos obrar.

Luis bajó; tres criados del verdugo le rodearon y quisieron desnudarle al pie del cadalso; los rechazó con majestad, se quitó él mismo su frac, su corbata y bajó la camisa hasta la cintura. Los ejecutores se echaron de nuevo sobre él.

—¿Qué queréis hacer?—les preguntó con indignación.

—Ataros—le respondieron cogiéndole las manos para sujetarlas.

—¡Atarme!—replicó el rey con un acento donde toda la gloria de su sangre se levantaba contra la ignominia.—¡No, no, no lo consentiré jamás! Cumplid con vuestra obligación; pero no me ataréis, renunciad á ello.

Los ejecutores insistían, elevaban la voz, pedían ayuda, levantaban la mano y se disponían á ejercer la violencia; una lucha cuerpo á cuerpo iba á manchar la víctima al pie del cadalso. El rey, respetando la dignidad de su muerte y la tranquilidad de su último pensamiento, miró al sacerdote como para pedirle consejo.

—Señor—le dijo el consejero divino,—sufrid sin resistencia este nuevo ultraje como el último rasgo de semejanza entre vos y el Dios que va á ser vuestra recompensa.

El rey levantó los ojos al cielo con una expresión en la mirada que parecía reconvenir y aceptar á la vez.

—Seguramente—dijo—no se necesita nada menos que el ejemplo de un Dios para que me someta á semejante afrenta.

Luego, volviéndose y tendiendo él mismo las manos hacia los ejecutores, les dijo:

—Haced lo que queráis; beberé el cáliz hasta las heces.

Subió, sostenido por el brazo del sacerdote, los altos y resbaladizos escalones del cadalso. El peso de su cuerpo parecía indicar debilidad en su alma; pero cuando llegó al último escalón abandonó el brazo de su confesor, atravesó con paso firme toda la anchura del cadalso, miró al pasar el instrumento y el hacha, y volviéndose de repente á la izquierda en frente de su palacio, y al lado en que la mayor masa del pueblo podía verle y oirle, hizo á los tambores la señal de silencio; los tambores obedecieron maquinalmente.

—¡Pueblo—dijo Luis XVI con voz que resonó en el silencio y que se oyó distintamente en el extremo opuesto de la plaza,—pueblo, muero inocente de todos los crímenes que se me imputan; perdono á los autores de mi muerte, y ruego á Dios que la sangre que vais á derramar no caiga nunca sobre la Francia!....

Iba á continuar; pero un estremecimiento se apoderó de la multitud. El jefe de Estado Mayor de las tropas del campamento inmediato á París, el conde Beaufranchet de Ayat, mandó á los tambores tocar. Un redoble inmenso y prolongado cubrió la voz del rey y el murmullo de la multitud.

El mártir volvió solo y á paso lento sobre la guillotina y se entregó á los ejecutores. En el momento en que se le unía á la tabla, dirigió una mirada al sacerdote que oraba de rodillas al pie del cadalso. Vivió conservando su alma entera hasta el momento que la entregó á su Criador por mano del verdugo.

La tabla se inclinó, bajó el hacha. y la cabeza cayó!!!.....

LAMARTINE.

REVOLUCIÓN FRANCESA.—PRISIÓN DE ESTADO DESTRUÍDA POR LOS REVOLUCIONARIOS (1789)

ELOGIO FÚNEBRE DE LUIS XVI

POR SU SANTIDAD PÍO VI

NUESTROS VENERABLES HERMANOS: ¿Cómo no se encuentra ahogada en este momento nuestra voz por nuestras lágrimas y sollozos? ¿No es más bien con nuestros gemidos que con nuestras palabras como conviene expresar este dolor sin límites que nos vemos forzados á explayar ante vosotros al trazaros el espectáculo de crueldad y de barbarie que se vió en París el 21 del mes de Enero último?

El rey cristianísimo Luis XVI fué condenado al último suplicio por una conjuración impía, y esta sentencia se ha ejecutado. Os recordaremos en pocas palabras las disposiciones y los motivos de esta sentencia. *La Convención nacional no tenía ni derecho ni autoridad para pronunciarla.* En efecto, *después de haber abolido la Monarquía, el mejor de los Gobiernos,* transfirió todo el poder público al pueblo, que no se guía ni por razón ni por consejo, no se forma sobre ningún punto *ideas justas, aprecia pocas cosas por la verdad y avalúa un gran número, según la opinión, que es siempre inconstante, fácil de ser engañado, arrastrado á todos los excesos.....*

La parte más feroz de ese pueblo, poco satisfecha con haber degradado la majestad de su rey y determinada á arrancarle la vida, *quiso que fuese juzgado por sus propios acusadores,* que se habían claramente declarado sus más implacables enemigos. Ya desde la apertura del proceso se había llamado sucesivamente entre los jueces á algunos diputados más especialmente conocidos por sus malas disposiciones, para asegurar mejor el hacer prevalecer la condenación por la pluralidad de los opinantes. No se pudo, sin embargo, aumentar bastante el número para obtener que el rey fuese inmolado en virtud de una mayoría legal.

¿Qué no se debía esperar y *qué sentencia execrable en todos los siglos no podría presentirse viendo el concurso de tantos jueces perversos y tantas maniobras empleadas para captar los sufragios?* Sin embargo, habiendo muchos de ellos retrocedido de horror en el momento de consumar un crimen tan enorme, se imaginó volver á explorar las opiniones; y habiendo así votado de nuevo los conjurados, decidieron que la condena estaba decretada legítimamente.

Pasamos en silencio otra multitud de injusticias, de nulidades, de causas de invalidación que se pueden leer en las cortas defensas de los abogados y en los papeles públicos.

No revelaremos tampoco todo lo que el rey se vió obligado á sufrir antes de ser conducido al suplicio: su larga detención en diversas prisiones, de donde no salía jamás sino para ser llevado á la barra de la Convención; el asesinato de su confesor; su separación de la familia real, á la cual amaba tanto; en fin, ese cúmulo de tribulaciones reunidas sobre él para multiplicar sus humillaciones y sus sufrimientos. *Es imposible no estar penetrado de horror cuando no se ha abjurado todo sentimiento de humanidad.*

Aun redobla la indignación cuando se considera que el carácter unánimemente reconocido de este príncipe era naturalmente dulce y bienhechor; que su clemencia, su paciencia, su amor por sus pueblos fueron siempre inalterables; que incapaz de ninguna dureza, de ningún rigor, se mostró siempre de un trato fácil é indulgente hacia todo el mundo, y que este excelente natural le inspiró la confianza de acceder al deseo público y de convocar los Estados generales del reino, á pesar de todos los peligros que de ello podían resultar para su autoridad y para su persona.

Pero lo que no podríamos pasar en silencio es *la opinión universal que ha dado de sus virtudes por su testamento escrito de su mano, emanado del fondo de su alma, impreso y esparcido por toda Europa. ¡Qué alta idea se concibe por él de su virtud! ¡Qué celo por la Religión católica! ¡Qué señales de una piedad verdadera hacia Dios!* ¡Qué dolor, qué arrepentimiento de haber puesto su nombre, *á pesar suyo,* en los decretos contrarios á la disciplina y á la fe ortodoxa de la Iglesia! Dispuesto á sucumbir bajo el peso de tantas adversidades que se condensaban de día en día sobre su cabeza, podía decir, como Jacobo I de Inglaterra, que *se le calumniaba en las asambleas del pueblo, no por haber cometido ningún crimen, sino porque era rey;* lo cual se miraba como el mayor de todos los crímenes...

(Aquí el venerable Pío VI olvida á Luis XVI intencionadamente durante algunos momentos para recordar la muerte de María Estuardo, reina de Escocia, y la opinión de Benedicto XIV en su *Tratado de la Beatificación de los Servidores de Dios,* cap. XIII, núm. 10; y después continúa):

En consecuencia, Benedicto XIV, después de haber así mostrado disposiciones al martirio de María Estuardo, examina si basta para admitir un martirio que un tirano esté decidido á hacer morir á un cristiano en odio á la Religión de Jesucristo, aunque alegue para infligir la pena de muerte cualquier pretexto extraño á la fe, ó al menos que no puede tener con ella relaciones accidentales, y Benedicto XIV se decide por la afirmativa, por la razón de que una acción no saca su verdadero carácter de la ocasión ó de la causa impulsiva que la excita, sino de la causa final que la produce, y que basta, por consiguiente, para caracterizar un verdadero martirio que un perseguidor pronuncie una sentencia de muerte en odio de la fe, aunque la ocasión de la muerte haya sido determinada por otro motivo que á

LUIS XVI EN EL CADALSO

causa de las circunstancias no interese nada á la Religión.

Volvamos ahora al rey Luis XVI. Si la autoridad de Benedicto XIV es grave en esta materia; si es preciso tener grandes consideraciones hacia su opinión cuando se muestra propicio á admitir el martirio de María Estuardo, ¿por qué no hemos de pensar como él y no hemos de aplicar su doctrina al *martirio del rey Luis?*

En efecto, hay aquí paridad de afección á la Religión, paridad de proyecto, paridad de fin desastroso. Debe, por consiguiente, haber también paridad de mérito.

¿Y quién podrá dudar jamás que este monarca no haya sido principalmente inmolado en odio de la fe y por un espíritu de furor contra los dogmas católicos? Ya desde hace largo tiempo los calvinistas habían empezado á conjurar en Francia la ruina de la Religión católica; pero para llegar á esto era preciso preparar los ánimos y empapar á los pueblos de estos impíos principios que los novadores no han cesado de esparcir en los libros que no respiraban sino perfidia y sedición. En este aspecto es como están ligados con los filósofos perversos.

La Asamblea general del clero de Francia de 1745 había descubierto y denunciado los abominables complots de todos estos artesanos de la impiedad. Y también Nós, en el principio de nuestro pontificado, previendo las execrables maniobras de un partido tan pérfido, anunciamos el inminente peligro que amenazaba á Europa en nuestra Encíclica (publicada el 25 de Diciembre de 1775), dirigida á todos los Obispos de la Iglesia católica, á los cuales hablábamos en estos términos: *Arrancad el mal de entre vosotros; es decir, alejad de la vista de vuestros rebaños, con un gran esfuerzo y continua vigilancia, todos esos libros inficionados.*

Si se hubiesen escuchado nuestras representaciones y nuestro parecer, no tendríamos que gemir ahora por los progresos de esta vasta conjuración tramada contra los reyes y contra los Imperios.

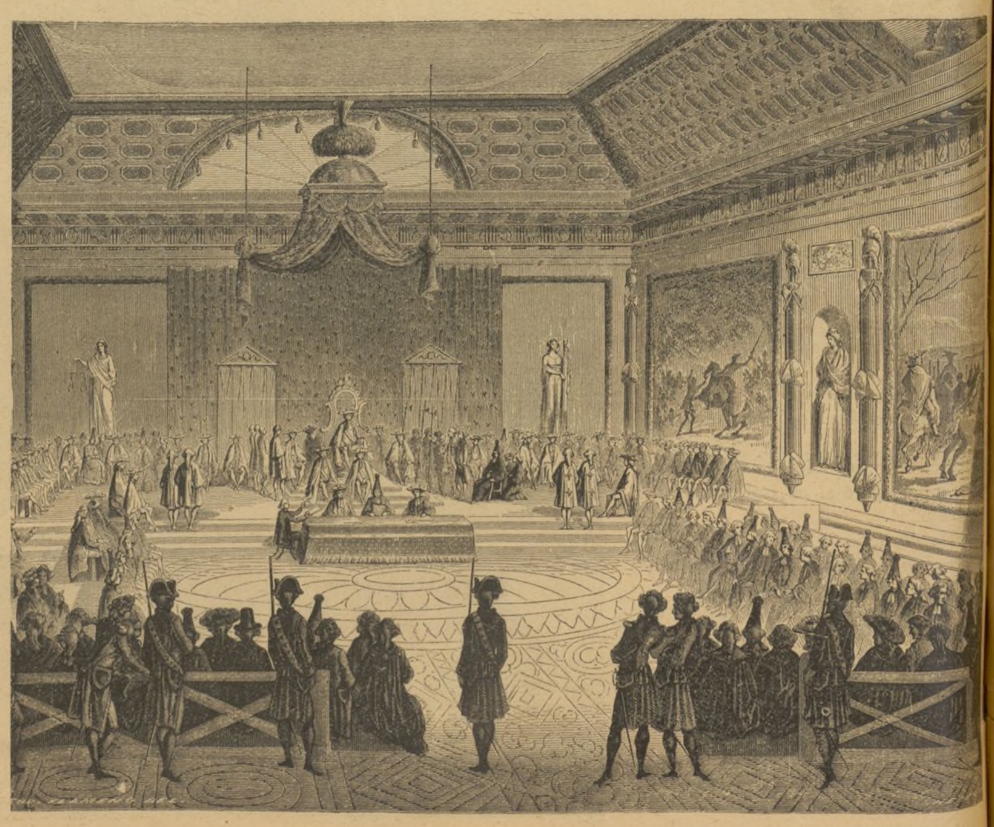
.....

.....

Se ha inmolado un gran número de franceses de todos los estados. Los perseguidos con menos rigor se veían arrancados de sus hogares y relegados en países extranjeros sin ninguna distinción de edad, de sexo, de condición.

Se había decretado que todos eran libres de practicar la religión que eligiesen, como si todas las religiones condujesen igualmente á la salvación eterna, *y sin embargo, solamente la Religión católica estaba proscripta.* Sólo ella veía correr la sangre de sus discípulos en las plazas públicas, sobre los caminos y en sus propias casas. Se hubiera dicho que había llegado á ser en ellos un crimen capital. No podían encontrar ninguna seguridad en los Estados vecinos donde habían ido á buscar un asilo, y se les vejaba cruelmente cuando se conseguía apoderarse de ellos por invasiones ó atraerlos á Francia con astucias y perfidias. Tal es el carácter constante de las herejías. Tal ha sido siempre en los primeros siglos de la Iglesia el espíritu de los herejes especialmente desarrollado en nuestro tiempo por las tiránicas maniobras de los calvinistas, que han procurado perseverantemente multiplicar sus prosélitos por toda clase de amenazas y de violencias.

Según esta no interrumpida continuación de impiedades que han tenido su origen en Francia, ¿para quién no quedará demostrado que es preciso imputar al odio á la Religión las primeras tramas de estos complots que turban y quebrantan hoy á toda la Europa?



ASAMBLEA DE LOS NOTABLES EN TIEMPO DE LUIS XVI

Ayuntamiento de Madrid

111

LOS SEPTEMBRISTAS (ESCENA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA)

Nadie puede negar que la misma causa ha traido la funesta muerte de Luis XVI. Se han esforzado, es verdad, en cargar á este príncipe de muchos delitos de un orden puramente político. *Pero el principal reproche que se ha producido contra él se funda en la inalterable firmeza con que se ha negado á aprobar y sancionar el decreto de deportación de los sacerdotes, y en la carta que escribió al Obispo de Clermont anunciándole que estaba resuelto á restablecer en Francia en cuanto pudiera el culto católico.*

¿No basta todo esto para que se pueda creer y sostener sin temeridad que LUIS FUÉ UN MÁRTIR?

Pero después de lo que hemos oido, se opondrá [illegible] como un obstáculo perentorio al martirio de Luis la aprobación que dió á la Constitución, que hemos refutado ya en nuestra susodicha contestación á los Obispos de Francia. Muchas personas niegan el hecho y afirman que *cuando se presentó esta Constitución á la firma del rey vaciló, meditó y negó su firma* por miedo á que el colocar su nombre no produjese todos los efectos de una aprobación formal. *Uno de sus ministros* que se nombra, y en quien el rey tenía gran confianza, *le manifestó que su firma no probaria otra cosa que la exacta conformidad de la copia con el original, de manera que Nós, á quien esta Constitución iba á ser inmediatamente dirigida, no pudiéramos bajo ningún pretexto tener la menor sospecha de su autenticidad. Parece que fué esta simple observa-*

ROBESPIERRE

ción la que le determinó inmediatamente á poner su firma.

También es esto lo que insinúa en su testamento cuando dice que su firma le fué arrancada contra su propia voluntad.

En efecto, no hubiera sido ya consecuente, se hubiera puesto en contradicción consigo mismo si después de haber aprobado *voluntariamente* la Constitución del clero de Francia la hubiese rechazado inmediatamente con *la más inquebrantable firmeza*, como lo hizo cuando se negó á sancionar el decreto de deportación de los sacerdotes no juramentados, y cuando escribió al Obispo de Clermont que estaba decidido á restablecer en Francia el culto católico.

Pero sea como quiera este hecho, Nós tomamos sobre Nós la responsabilidad, y cuando más confesaríamos que Luis, seducido por falta de reflexión ó por error, aprobó realmente la Constitución en el momento en que la firmó; ¿nos veríamos obligados por esto á cambiar de opinión acerca de su martirio? Sin duda que no; si tuviéramos semejante designio, nos veríamos separados de él por su elocuente retractación, tan cierta como solemne, y por su misma muerte, que fué votada, como lo hemos demostrado, en odio de la Religión católica; de manera que *parece difícil que se pueda disputarle nada de la gloria de su martirio.* San Cipriano adoptó primero sobre el bautismo principios heréticos muy opuestos á la verdad; sin embargo, según las propias palabras de San Agustín, que las ha repetido en muchos lugares de sus escritos, Dios mismo separó por el hierro de un glorioso martirio todo lo que tenía necesidad de ser arrancado de esta rama cubierta de frutos.

Esto mismo sucedió cuando se puso á deliberación en la Congregación de Ritos si se podía oponer al martirio de Juan de Britto, de la Compañía de Jesús, el uso que había seguido haciendo de los ritos chinos después de haber sido proscritos, y los votantes no vacilaron en declararse por la negativa. Declararon que esta consideración no parecía ningún obstáculo, porque al entregarse al martirio había retractado suficientemente por la efusión de su sangre su adhesión á los ritos chinos. Benedicto XIV admitió la retractación que el venerable Juan de Britto había firmado, no con su pluma, sino con su propia sangre..... El decreto que dió fué publicado el 2 de Julio de 1741.

Apoyado en esta decisión, y viendo que la retractación de Luis XVI, escrita de su propia mano y confirmada por la efusión de una sangre tan pura, es cierta é incontestable, *no creemos alejarnos* del principio de Benedicto XIV, no en verdad, pronunciando en este momento un decreto semejante al que acabamos de citar, sino *persistiendo en la opinión que hemos formado del martirio de este príncipe, no obstante la aprobación que él hubiera dado á la Constitución civil del clero, cualquiera que hubiera sido.*

¡Ah Francia! ¡Ah Francia! Tú, á quien nuestros predecesores llamaban *el espejo de la cristiandad y el inquebrantable apoyo de la fe; tú, que por tu celo, por la creencia cristiana y por tu piedad filial hacia la Sede Apostólica no marchas tras de las otras naciones, sino que las puedes á todas,* ¡qué contraria nos eres hoy! ¡De qué espíritu de hostilidad pareces animada contra la verdadera Religión! El furor que le demuestras ¡cuánto excede ya á los excesos de todos aquellos que le mostraron hasta el presente sus más implacables perseguidores! Y sin embargo, no puedes ignorar, aun cuando quisieras, que *la Religión es la más segura guardiana y el más sólido fundamento de los Imperios, puesto que reprime igualmente los abusos de autoridad en los príncipes que gobiernan y los desvíos de la licencia en los súbditos que obedecen.* Por esto los facciosos adversarios de las prerrogativas reales procuran aniquilarlas, esforzándose en llevar primero á renegar de la fe católica.

¡Ah Francia! *Tú misma pedías antes un rey católico.* Tú decías que *las leyes fundamentales del reino no permitían reconocer un rey que no fuese católico.* Y ahora, *que tenías ese rey católico, precisamente porque era católico acabas de asesinarlo.*

Tu rabia contra ese monarca se ha mostrado tal, que su mismo suplicio no ha podido ni sanarla ni apagarla. Has querido todavía después de su muerte manifestarla sobre sus tristes restos, porque has ordenado que su cadáver fuese transportado é inhumado sin ningún aparato de una digna sepultura.

¡Oh día de triunfo para Luis XVI, á quien Dios dió la paciencia en las tribulaciones y la victoria en medio de su suplicio! Tenemos la confianza de que afortunadamente ha cambiado una corona real siempre frágil y flores de lis que se marchitarían bien pronto por otra diadema imperecedera que los ángeles han tejido con flores inmortales.

¿Qué podemos intentar, qué podemos esperar cuando se trata de un pueblo que no sólo no tiene ningún miramiento por nuestras amonestaciones, sino que todavía se permite para con Nós las ofensas, las usurpaciones, los ultrajes y las calumnias más sublevadoras, y que ha llegado al fin al exceso de audacia y de delirio de componer con nuestro nombre cartas supuestas y perfectamente acomodadas á todos los nuevos errores?

Dejémosle, por lo tanto, empedernido en su deplorable depravación, puesto que para él tiene tantos atractivos, y *esperemos que la inocente sangre de Luis clame en alguna manera é interceda á fin de que Francia reconozca y deteste su obstinación en acumular sobre ella tantos crímenes y que se acuerde de los terribles castigos que un Dios justo, vengador de los crímenes, ha infligido frecuentemente á los pueblos que habían cometido atentados mucho menos enormes.*

Tales son las reflexiones que hemos juzgado más propias para ofreceros algún consuelo en tan horrible desastre. Por esto, para acabar lo que nos queda que decir, os invitamos al solemne Oficio que celebraremos con vosotros por el descanso del alma del rey Luis XVI. Aun cuando esas fúnebres oraciones puedan parecer superfluas cuando se trata de un cristiano que se cree haya merecido la palma del martirio, puesto que San Agustín dice que la Iglesia no ruega por los mártires, sino que más bien se recomienda á sus oraciones, sin embargo, esta sentencia del santo doctor debe entenderse é interpretarse no por aquel que es simplemente reputado mártir por una persuasión puramente humana, sino por aquel que está formalmente reconocido como tal por sentencia de la Santa Sede Apostólica.

En consecuencia, venerables hermanos, se os indicará por orden nuestra el día en que procederemos juntos, según costumbre, en nuestra capilla pontificia á los funerales públicos de S. M. cristianísima Luis XVI, rey de Francia.

LA MUERTE DE MARÍA ANTONIETA

TRANQUILA, casi insensible, sin pronunciar una sola palabra, sin alzar los ojos al cielo, sin bajarlos siquiera, oyó la reina su sentencia. Preguntóle el presidente si tenía alguna observación que hacer contra la pena que se le había aplicado, y su contestación fué sacudir la cabeza y dar unos cuantos pasos, como impaciente por subir al patíbulo.

En efecto, entre ella y el cadalso no quedaba ya sino la corta parada que hacían los condenados á muerte en aquella especie de antecámara de la plaza de la Revolución, llamada sala de los muertos. Cuando llegó escribió á la luz del crepúsculo de su último día, que empezaba á filtrar por entre una espesa niebla de Octubre, la siguiente carta, que no fué entregada á la persona á quien iba dirigida, sino á Fouquier-Thinville, el cual la pasó á manos de Couthon. Encontróse en los papeles de éste cuando él y Thinville experimentaron, á su turno, la suerte de su víctima.

«*13 de Octubre, á las cuatro y media de la mañana.*

»A vos, hermana mía, escribo por la última vez. Acaban de condenarme, no á una muerte vergonzosa (la vergüenza es sólo para los criminales) sino á ir á reunirme con vuestro hermano. Espero igualarle en firmeza. Siento mucho abandonar á mis hijos; os consta que únicamente existía para ellos y para vos. Vuestra amistad os ha hecho sacrificarlo todo por acompañarme; ¡en qué posición os dejo! Por los alegatos del proceso he sabido que han separado de vos á mi hija. ¡Pobre niña! No me atrevo á escribirle; pues es seguro que no recibiría mi carta; tampoco sé si ésta llegará á vuestras manos. ¡Os envío mi bendición para mis dos ángeles! Me lisonjeo que algún día se reunirán á vos y disfrutarán en libertad de vuestros tiernos cuidados. Que ambos piensen siempre en lo que no he cesado de inspirarles; que su amistad y mutua confianza constituyan su felicidad; que mi hija conozca que, á su edad, le corresponde ayudar á su hermano con los consejos, fruto de su mayor experiencia y de su cariño; y por último, que ambos sientan la necesidad de permanecer unidos, si estiman en algo la dicha, sea cual fuere la posición que ocupen. Nosotras podemos servirles de modelo. ¡Cuántas veces ha aliviado nuestra amistad los terribles golpes del destino! La felicidad es doble disfrutando de ella en compañía de un amigo. ¿Y dónde hallarlos más tiernos, más queridos que en el seno de la familia? Haced que mi hijo no olvide las últimas palabras de su padre; palabras que le repito aquí: *¡Que no trate nunca de vengar nuestra muerte!*

»Tengo que hablaros de una cosa que me destroza el alma. Sé cuánto debe haberos hecho sufrir ese niño; pero perdonadle, hermana mía, en atención á su tierna edad y á lo fácil que es obligar á decir á un niño lo que se quiere, aunque sean cosas incomprensibles para él. Día vendrá, así lo creo, en que sienta todo el precio de vuestra bondad y de vuestro cariño hacia ambos.

»Réstame confiaros mis últimos pensamientos. Hubiera deseado escribirlos desde que principió mi proceso; pero además de que no se me permitía, la rapidez de su marcha no me hubiera dejado tiempo. Muero en la Religión católica, apostólica y romana; en la religión de mis hermanos, bajo cuya égida se me educó y que he profesado constantemente.

»No espero ningún consuelo espiritual, pues ignoro si existen aún sacerdotes del culto católico; y aunque existiesen, el venir hasta mí los expondría demasiado. Pido á Dios un sincero perdón de todos los pecados que haya podido cometer en el curso de mi vida; confío en que acogerá mi alma con su inagotable misericordia é infinita bondad. Perdono á todos mis enemigos el mal que me han causado, y ruego hagan lo propio conmigo cuantos me conocen; ¡perdonadme, querida hermana, las penas que involuntariamente os hubiere ocasionado!

»Me despido de mis tías y de mis hermanos y hermanas. En cuanto á mis amigos, sepan que la idea de separarme de ellos para siempre y el pensamiento de sus disgustos es una de las mayores angustias que llevo á la tierra; decidles que hasta mis postreros instantes los he tenido en la memoria. ¡Adiós, buena y cariñosa hermana; haga el cielo que esta carta llegue á vuestras manos! Pensad siempre en mí. Os abrazo de todo corazón, como también á mis pobres y queridos niños. ¡Santo Dios! ¡Qué trance desgarrador es el de dejarlos por toda una eternidad!.... ¡Adiós, adiós!.... Sólo debo ocuparme ya en mis deberes espirituales; como no se me deja libertad para nada, me enviarán quizá un clérigo juramentado; pero protesto aquí que ni una palabra le dirigiré y que le trataré como á un ser totalmente extraño.»

Bault estaba aguardando por esta carta; la reina, luego que la concluyó, besó todas sus páginas, la dobló, sin ponerle oblea, y en seguida la puso en manos de aquel buen hombre. Sin embargo, según ya dijimos, Bault tuvo que entregarla á Fouqu'er-Thinville.

Resuelta la reina á no admitir ningún clérigo juramentado, rechazó sucesivamente á tres que le envió Gobel, Obispo de París: uno era el cura constitucional de San-Landry, llamado Girard; otro el abate Lambert, Vicario del citado Obispo; y el tercero, un sacerdote, entre alemán y francés, llamado Lothringer. El primero que se presentó fué el abate Girard; la reina le acogió fríamente.—Gracias, le dijo; pero mi Religión me prohibe recibir el perdón del Señor por conducto de un eclesiástico que no pertenezca á la comunión romana. Necesitaría, sin embargo, de alguno—añadió hablando consigo misma,—pues soy muy pecadora; pero felizmente voy á recibir un gran sacramento.

—Sí, el del martirio,—dijo el cura á media voz é inclinándose.

Como el abate Lambert vió lo que le había sucedido á Girard, ni siquiera dirigió la palabra á la reina; mas por lo que respecta al abate Lothringer, fué tal su obstinación, que contribuyó casi á turbar los últimos momentos de María Antonieta. Por más que ésta se negó á admitir sus cuidados espirituales, él permaneció inmóvil; la reina le dijo que deseaba consolarse á sí misma, y Lothringer se empeñó en que había de consolarla á pesar suyo. Fundábase la firmeza de María Antonieta en una esperanza que le había sido inspirada por Mad. Isabel; ésta le había indicado el número y piso de una casa, en la calle de San Honorato, por donde pasaban los sentenciados para ir á la plaza de la Revolución; allí estaría el día del suplicio un sacerdote que en el momento de pasar ella le concedería la absolución *in extremis*.

Despojóse del vestido negro, propio de su viudez, y se vistió de blanco, ayudándola en esta tarea femenil la [illegible] de Bault, que le puso la mejor de [illegible]es camisas, que estaba adornada de encajes; la peinó, recogiendo sus cabellos blancos en un sombrero del mismo color atado con una cinta negra, y cubrió sus enflaquecidos hombros con una pañoleta, también blanca.

A las once entraron los gendarmes y los verdugos en la sala de los muertos, sin que la reina mudase de color al verlos; se había extinguido en ella todo sentimiento de miedo y parecía desear más bien que temer el patíbulo. Levantóse, abrazó á la hija del conserje, se cortó el pelo, se dejó atar las manos sin prorrumpir en quejas ni murmullos, y siguió con paso firme á sus terribles conductores.

Cuando al trasladarse de la escalera al patio y mirando alrededor vió que le aguardaba la carreta de los sentenciados, se detuvo é hizo ademán de retroceder; cierta expresión de asombro, mejor dicho, de horror, se dibujó en su fisonomía. Había creído hasta entonces que la conducirían al cadalso en un carruaje cerrado, como al rey; pero la igualdad ante la muerte fué llevada respecto de ella, como se ve, hasta el extremo. No bien se presentó, cuando todo aquel pueblo, amontonado en los malecones y puentes, onduló como un mar, é inmediatamente de aquellos pechos enemigos, henchidos de recriminaciones y de hiel, brotaron los gritos de: *¡Abajo la austriaca! ¡Muera la viuda de Capeto! ¡Muera Mad. Veto! ¡Muera la tirania!*

Se creyó por un instante, al ver agolparse la muchedumbre, que la carreta no podría pasar; pero el actor Grammont se colocó al frente de la comitiva y separó, blandiendo su sable, aquel gentío con el pecho de su caballo.

En breve se acallaron todos los clamores ante la fría y sombría mirada de la reina; por diez minutos estuvo luchando consigo misma; sus mejillas, primero de color de púrpura y luego pálidas, revelaban el combate interior; venciése por fin, y venció también á los espectadores.

No ha habido fisonomía que impusiese mayor respeto. En aquel momento María Antonieta se mostró más reina que nunca, é indiferente á las exhortaciones del abate Girard, que la había acompañado contra su voluntad, no oscilaba su frente ni á derecha ni á izquierda; el pensamiento, vivo en el fondo de su cerebro, parecía tan inmutable como su mirada. Hasta el movimiento de la carreta sobre el desigual empedrado hacía resaltar más con su violencia la rigidez de su aspecto; se la hubiera tomado por una de esas estatuas de mármol destinadas á adornar un sepulcro y que se llevan en un carricoche. Sólo que esta vez la estatua tenía los ojos brillantes, y sus cabellos, agitados por el viento, le azotaban las mejillas.

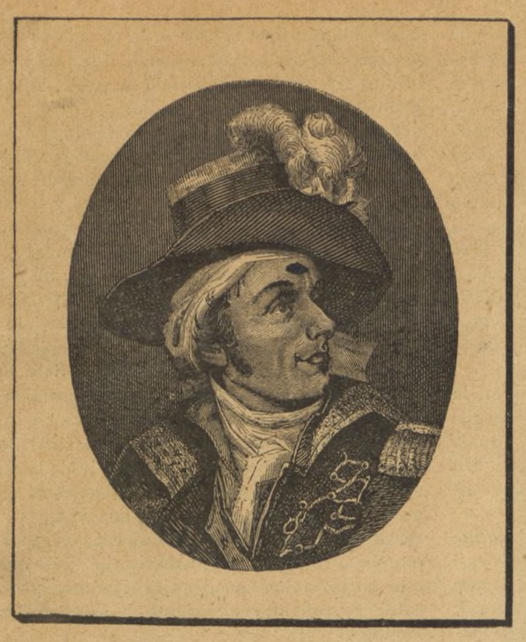
Sin embargo, al llegar á la altura de la iglesia de la Asunción se desvaneció aquella rigidez. Alzáronse los ojos de la reina, como si buscasen con inquietud un objeto desconocido. Los espectadores, que ignoraban el punto adonde se dirigían, creyeron que la distraían un momento las banderas y cortinas que adornaban casi todas las ventanas de la calle de San Honorato; pero sólo Dios, María Antonieta y un hombre, colocado en la ventana de un tercer piso, sabían que sus ojos buscaban el número de la casa indicada por Mad. Isabel y al sacerdote que debía pronunciar á su paso las palabras de la absolución. Halló por fin el número, y á una señal inteligible no más que para ella, reconoció al eclesiástico; cerró entonces los ojos, bajó la frente y oró. Levantóla después, rodeada de una aureola de alegría, que admiró á los que habían observado su transformación é ignoraban el motivo.

LAFAYETTE

La carreta continuaba su lenta marcha. Al llegar á la plaza de la Revolución, se detuvo justamente delante del gran paseo que está entre el puente postizo y las Tullerías. Al ver su antiguo palacio, se le desprendieron de los ojos algunas lágrimas, si bien no había entrado en él sino para sufrir. En cuanto le advirtieron que era necesario subir al patíbulo, bajó, aunque con precaución, los tres escalones del banquillo, sosteniéndola el verdugo, que en cumplimiento de su cargo le manifestó hasta el postrer momento las mayores atenciones. Pocos pasos tenía que dar para ir de la carreta al cadalso; y los dió sin precipitación ni lentitud, andando como de costumbre. Subió con majestad las fúnebres gradas que veía ante sí. En la plataforma continuó el abate Girard hablándola, sin ella oirle; y mientras un ayudante del verdugo la empujaba suavemente, desatábale otro la pañoleta que cubría

REVOLUCIÓN FRANCESA.—EL PUEBLO SE APODERA DE LAS ARMAS DE LOS INVÁLIDOS

Ayuntamiento de Madrid



FRANCISCO CHARETTE DE LA CONTRIE

sus hombros. Sintió María Antonieta la mano infame que rozaba su cuello, y con el movimiento brusco que hizo para volverse hubo de pisar al verdugo, que se ocupaba en disponer, sin que ella lo notase, la fatal báscula.

—Perdón—le dijo;—no lo he hecho adrede.

En seguida, dirigiendo la vista hacia el lado del Temple, añadió:

—Por la última vez, ¡adiós, hijos míos! Voy á reunirme con vuestro padre.

Tales fueron las postreras palabras que pronunció María Antonieta. Las doce y cuarto sonaban en el reloj de las Tullerías cuando cayó el hacha y separó la cabeza del cuerpo. El ayudante del verdugo la cogió y enseñó al pueblo, dando vuelta alrededor del cadalso.

Así murió el 16 de Octubre de 1793 María Antonieta Juana Josefa de Lorena, hija de un emperador y viuda de un rey. Tenía treinta y siete años y once meses, y había vivido veintitrés años en Francia. El ataúd en que fueron depositados sus restos costó siete francos, según aparece de los registros de la Magdalena.

La muerte de la princesa Isabel

Augusta hermana de Luis XVI.

Después del interrogatorio, se decidió Fouquier-Thinville por la muerte, y los jurados, á quienes interpeló, declararon que la princesa merecía la pena capital. El mismo día fué condenada toda la familia de los Lomenie de Brienne, y también la viuda y el hijo de Montmorin, asesinado el 2 de Septiembre.

Rodeaban á la princesa, además de las familias de Brienne y de Montmorin, las señoras de Senozan, Montmorency, Canisy y el conde de Sourdeval, antiguo cortesano; reparando en ello, dijo el acusador público, con sus puntas de chistoso:

—A e que no tiene de qué quejarse, pues se ve al pie de la guillotina cercada de su nobleza; le parecerá que está en Versalles.

Tenía razón; las damas de la nobleza acompañaron á Mad. Isabel en la plaza de Luis XV como en otro tiempo los caballeros al rey Juan en Poitiers, y á Felipe de Valois en Crecy. Madama Isabel, lejos de quejarse, perdonaba á sus verdugos y dirigía súplicas al cielo por sus compañeros.

Oyó su sentencia con la sonrisa en los labios, y sólo inclinó tristemente la cabeza cuando le negaron un sacerdote no juramentado que la asistierá en sus últimos momentos. Iban á conducirla de nuevo á la Conserjería; pero solicitó entrar desde luego en la sala común, que merecía llamarse de la igualdad, y recibió no obstante la denominación más significativa de sala de los muertos. Allí, en medio de las víctimas agobiadas unas con el sentimiento de dejar la vida y otras con el dolor de una separación eterna, permaneció de pie, viendo de un lado á otro, semejante á los ángeles que bajaban al circo para animar y sostener á los primeros cristianos; su último acto fué sublime por el pudor. Una mujer andaba buscando un pañuelo con que cubrir su pecho, y Mad. Isabel rasgó su pañoleta y le dió la mitad.

Cuando le llegó el turno, el verdugo cortó sus largos cabellos rubios, que cayeron alrededor como una aureola de juventud, cediendo el puesto á otra aureola: la de la eternidad. Inmediatamente sus compañeros se precipitaron á cogerlos; le ligaron las manos, sin que la más ligera nube alterase la serenidad de su rostro, sin que exhalase una queja, ni siquiera un suspiro. Fué la última que subió á la carreta; ¡veintidós cabezas debían caer antes que la suya!

El pueblo, por lo común tan insultante con los condenados, calló esta vez; todos dirigían su vista á la mártir, y se sorprendió á algunas mujeres del pueblo, que creían todavía en Dios, persignándose. Mientras duraron á Luis XVI sus riquezas y su poder, en una palabra, mientras ciñó la corona, se la vió desaparecer, sin que supiesen existía más que los infelices á quienes auxiliaba en silencio y como recatándose. En los momentos de amargura, en los días 5 y 6 de Octubre, 20 de Junio y 10 de Agosto, fué cuando se presentó, hermosa y casta como Minerva, para escudar con su inocencia á los reyes. El 20 de Junio, tomándola los sublevados por María Antonieta, amenazaban sepultarle en el corazón sus puñales; pero M. de Saint-Pardoux se arrojó en medio, gritando:

—¿Qué vais á hacer? No es la reina; es la hermana del rey.

—¿Por qué desengañarlos?—contestó Isabel con su voz angelical;—tal vez callando les librarais de cometer un crimen mucho mayor.

El 10 de Agosto, cuando nadie pensaba en ella y hubiera podido salir de las Tullerías, de París, de Francia, ni siquiera se le ocurrió; siguió al rey á la Asamblea, á la tribuna de los periodistas, al Temple, y con igual abnegación le hubiera acompañado al cadalso sin preguntar adónde la llevaban, tan natural le parecía compartir la suerte de su hermano, así en la vida como en la muerte; pero la detuvieron allí.

—¿Dónde vais?—le preguntó el verdugo.

—¡A morir!

—No os ha llegado aún vuestra vez.

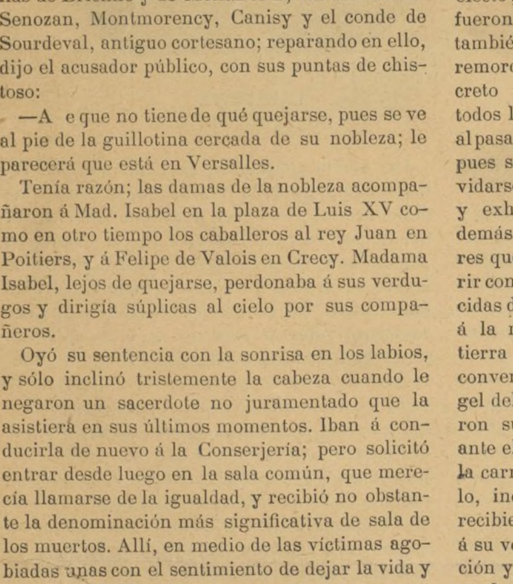
Y aguardó, para ser el ángel consolador de la reina hasta que se fué á buscar á ésta; instó entonces por morir; pero María Antonieta le dijo:

—¡Permaneced aún en el mundo para que sirváis de madre á mis hijos!

Así sucedió, en efecto, hasta que fueron á buscarla también á ella. Un remordimiento secreto atormentaba todos los corazones al pasar la princesa, pues se la veía olvidarse de sí propia y exhortar á los demás. Las mujeres que debían morir con ella, envanecidas de acompañar á la mártir de la tierra próxima á convertirse en ángel del cielo, pasaron sucesivamente ante ella para ir de la carreta al patíbulo, inclinándose y recibiendo cada una á su vez una bendición y un beso. Los verdugos, que habían negado á Camilo Desmoulins y á Danton el supremo bien de estrechar sus corazones al pie del patíbulo, tristes ahora y respetuosos, no interrumpieron los abrazos y ósculos de aquellas mujeres.

Tocóle ir á la princesa. Cuantas personas habían rogado, llorado y vivido hacía un instante, en torno de ella, yacían al presente mudas, frías é insensibles. Antes de llegar á la plataforma ensangrentada, contó veintidós cadáveres; ¡en la canasta que debía recoger su cabeza vió veintidós amontonadas! Y la suya, que era la más pura y casi la más hermosa, cayó también.... ¡Inmenso crimen, que la libertad réprenderá largo tiempo á la revolución, su hermana!

María Felipa Isabel Elena, hermana de Luis XVI, pereció de este modo el 10 de Mayo de 1794, contando treinta años de edad. Modelo de abnegación, de pureza, de caridad desde los quince años; esto es, desde el día en que hubiera podido dedicarse al amor de los hombres, y prefirió el de Dios.



DANTON

LA VENDEE

Por las riberas del Loira (1),
Que estruendoso va marchando
Y se pierde entre las bóvedas
De los gigantescos álamos,
Resuena una voz que brama,
Como un trueno de lo alto
O un rugido de la tierra:
—¡A las armas, vendeanos!
La impiedad se nos acerca
Ceñida la sien de pámpanos,
Las manos ensangrentadas
Y blasfemando los labios.
«¡Muera Dios!», viene diciendo
El clarín de sus heraldos,
Y la sigue el desenfreno,
Y el robo y el desacato.
Y va segando las vidas,
Como el labriego los campos,
Mientras deja á sus espaldas
Los reyes en el cadalso.
La torre se queja y llora,
Porque al sacerdote anciano
Con los sacros paramentos
Mató al pie del Tabernáculo.
Con las hermosas imágenes
De nuestros ínclitos santos
Va formando las hogueras
Que alumbren sus locos pasos.
Las cenizas de los príncipes
Y los héroes venerandos,
Como parvas de las eras
Las avienta el populacho.
El bronce de las campanas
Es bronce de sus soldados,
Que ya no repica alegre,
Sino que siembra el estrago.
Las vírgenes del Señor
Arrojadas de los claustros,
De los claustros que son cielos
De amor purísimo y plácido,
Con paso firme caminan
Entre enamorados cantos
A dejar sus vidas tiernas
Del verdugo entre las manos.
Y mientras que la cuchilla
Sus cabezas va cortando,
Que es una lluvia de rosas
Que va cayendo en el fango,
Ni dejan de amar sus pechos
Ni de bendecir sus labios,
Y con la última víctima
Se extingue el último cántico.
Para dicha del infierno
Y mengua y miedo y espanto
De la fe que nuestros padres
Incólume nos dejaron,
¡Oh Dios, que estás en los cielos!,
Cayó del altar rodando,
De donde rodaron bienes,
La Virgen y nuestro amparo.
Y en tanto á infame ramera
Suben al altar los sátiros,
Y delante de tal ídolo
Humean los incensarios.
Vendeanos, la fe hollada
Os encienda en fuego sacro;
¡A las armas! desde el niño
Hasta el tembloroso anciano.
¡A las armas! las mujeres;
Ya despliega el santo lábaro
Descendiendo por los aires
La invicta Juana de Arco.
La patria augusta lo quiere
El cielo lo está ordenando,
Y el hogar llama cobarde
Al que se está á su resguardo.
«¡A las armas!—por la orilla
Del Loira, que va marchando,
Y se pierde entre las bóvedas
De los gigantescos álamos,
Repite la voz indómita,
Como un trueno de lo alto
O un rugido de la tierra:
¡A las armas, vendeanos!»—

Francisco Jiménez Campaña,
de las Escuelas Pías.

Granada, día de Nuestra Señora del Rosario, 1893.

(1) Pronúnciese como está escrito.

EPISODIO DE LAS GUERRAS DE LA VENDÉE (CUADRO DE BOUTIGNY

LA INQUISICIÓN REVOLUCIONARIA

(Episodio vendeano.)

Un grupo de 500 vendeanos próximamente, en la batalla de Savenay, pidió cuartel al verse acorralado; mas por toda contestación recibieron una descarga.

—Que se levanten los que estén heridos (gritó un oficial revolucionario que había mandado el fuego), pues la República, grande y generosa, los perdona.

Cuando se levantaron los pobres desdichados sonó una segunda descarga. Era el perdón prometido.

Entre los fugitivos iba un anciano sacerdote, que fué herido mientras auxiliaba á los moribundos. Refugióse en el castillo del señor de la Billiais, donde recibían á todos los desgraciados, y siguió su camino.

Acusado de haber ocultado á un sacerdote, el señor de la Billiais fué arrestado con su señora é hijas, y condenado á muerte, fué decapitado. En seguida procedieron á la acusación de su señora y sus dos hijas, Clara y Carolina, de veintidós y veintiún años respectivamente. El delito que el tribunal les imputaba era el de haber distribuído escapularios del Corazón de Jesús. Las nobles prisioneras confesaron tranquilamente que se gloriaban de semejante crimen.

El señor de la Billiais era, á la verdad, un caballero á la antigua, gozaba de gran prestigio y vivía retirado en su castillo, haciendo mucho bien, emprendiendo obras por ocupar á los que carecían de trabajo, distribuyendo limosnas, aprovechando sus conocimientos jurídicos para componer y evitar pleitos; su señora é hijas le secundaban en todos los ministerios de la caridad.

Dos meses se prolongó la prisión de estas heroicas mujeres, después de la muerte del señor de la Billiais. Su fervor y admirable conformidad con la voluntad divina las hacía superiores á todas las pruebas. Cuando oyeron que se les perseguía por amor al Corazón de Jesús cambióse su resignación en alegría; rezaban juntas todos los días las oraciones de los agonizantes. El día 7 de Marzo las llamaron al tribunal para leerles la sentencia de muerte, y á las dos de la tarde fueron conducidas al cadalso.

Iba la madre entre las dos hijas, hablándoles y animándolas al martirio.

Al llegar á la plaza de Bouffay abrazáronse las tres por última vez, dándose cita para el cielo. La más joven y bella, Carolina, se había consagrado á Dios tiempo hacía; pero la revolución la hizo salir del claustro, donde se preparaba á la profesión religiosa. En el momento en que se disponía á subir al cadalso, la inocencia, la juventud y el candor que resplandecía en su rostro conmovieron á un oficial republicano, que, acercándose, declara á la joven que la va á salvar la vida si consiente en concederle su mano.

—Prefiero la muerte—contestó sencillamente la doncella cristiana.

Ya uno de sus jueces le había sugerido que disfrazase la verdad para salvar la vida; pero Carolina rehusó.

La señora de la Billiais había pedido por gracia ser ejecutada la última, á fin de morir segura de que sus hijas no vacilaban, pues para aquella celosa madre era menos cruel verlas morir que abandonarlas entre impíos. Cuando le llegó su vez bendijo al Señor y entregó su cabeza al verdugo.

Por el mismo *crimen* que las anteriores, esto es, por distribuir imágenes del Sagrado Corazón, fué acusado y encarcelado un excelente sacerdote, Juan Benart, capellán del hospital de Rennes. En la cárcel reinaba á la sazón una enfermedad epidémica, y cayó enfermo; pero mayor que su dolencia fué su celo, pues convirtió á muchos de sus compañeros de infortunio. Apenas pudo andar, fué conducido ante el tribunal revolucionario y condenado á muerte, no solamente como cura *refractario*, sino por habérsele encontrado *signos de rebelión* (!), es decir, imágenes del Corazón de Jesús. El buen clérigo respondió á sus jueces:

—Doy gracias á Dios de morir por haber llevado esos indicios de mi fe y mi confianza.

Y tomando su crucifijo, se encaminó valerosamente á la muerte.

MARAT

CHARETTE

Fueron las heroicas guerras de la Vendée el muro alzado por el Altar y el Trono contra los desbordamientos de una revolución sangrienta, criminal y atea. Fueron algo así como la protesta enérgica de un pueblo creyente y honrado, en frente de la sangre que caía sobre la conciencia de los despiadados asesinos de París, de Nantes y de otras ciudades populosas.

Y entre aquella pléyade de héroes y mártires que [illegible] sado á la historia con los nombres de l'Elbée, Bonchamps, Lescure y [illegible] Lequelein, reunidos en Cholet para morir resistiendo heroicamente á los batallones republicanos de Kleber, Westermann y Marceau, pocos como el denodado paladín Francisco Charette de la Contrie.

Thiers en su historia de la Revolución francesa le ha acusado de haber comprometido á los jefes de la alta Vendée por su afán de apoderarse de la isla de Noirmutiers. Pero son injustas las acusaciones del primer presidente de la República que surgió del desastre de Sedán y de las vergüenzas de la *Commune*.

La toma de aquella isla, aparte su importancia militar, fué de gran interés político. Pudo distraerle por un momento del teatro de la guerra, dejando de atacar por la espalda á la columna de Maguncia, mas la posesión de Noirmutiers le aseguró la inteligencia con los ingleses, de la que si no sacó más partido no fué por culpa suya, sino del interés egoista con que proceden siempre los astutos hijos de la Gran Bretaña.

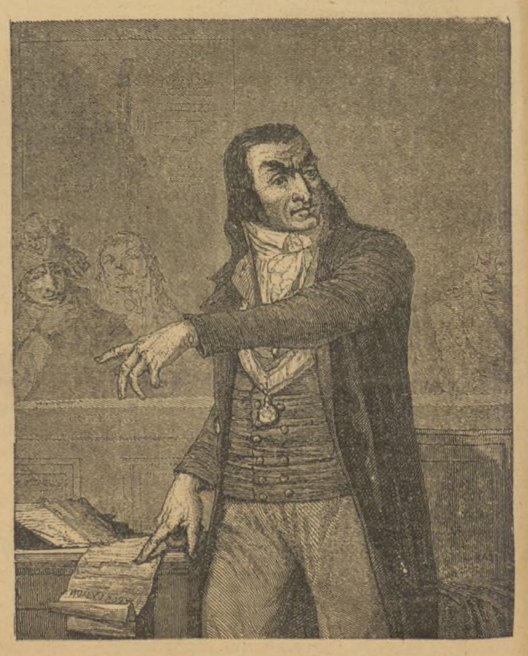
De carácter franco, de una ingenuidad generosa, caballeresco en todos sus actos, Charette hizo honor á la causa por la cual había empuñado su espada.

Su nombre irá siempre unido á la lealtad, al valor, al sacrificio de aquellos defensores de la Francia cristiana y monárquica que se opusieron á los crímenes de la desenfrenada turba de los Marat y Robespierre.

No fué Savenay la tumba abierta á los esforzados campeones de la Religión y de la Corona; fué algo más: fué el triunfo de un doctrinarismo escéptico que todavía corroe las entrañas de la Francia, y que, transponiendo la frontera, nos ha contagiado miserablemente, hasta que en los designios de la Providencia suene la hora del remedio enérgico y eficaz que nos salve.

O. M. y M.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.



FOUQUIER

Ayuntamiento de Madrid